

FORMAS DE ACTUAR EN POLÍTICA

Todos somos responsables, en distinta medida, del deterioro de la Naturaleza. Desde los grandes centros de polución hasta los consumidores de sus productos industriales. Del mismo modo, todos actuamos sin saberlo en la concreción social del poder político, es decir, todos hacemos siempre política. Desde los afiliados en partidos y los que los votan, hasta el más consecuente de los anarquistas o el mendigo que nos asedia en los semáforos, todos contribuimos a construir, en el seno de la sociedad civil, la idea del poder estatal que, luego, la sociedad política concreta como práctica moral, y define como organización formal.

No me refiero a la obviedad de que todos padecemos la acción de la política (de la que nadie puede «pasar», porque los efectos de la causa política le «sobrepasan» y arrollan, aún más que las leyes punitivas a los delincuentes), sino a esa circunstancia histórica, hasta ahora desapercibida en la teoría política, de que todos somos agentes inconscientes de la idea y clase de poder estatal que nos domina. Bajo cualquier Régimen, la inmensa mayoría aumenta y consolida cada día, con el ejercicio de su profesión, la mentalidad ideológica que se traduce luego, con el poder estatal, en forma funcional y política. Sólo una infima parte, integrada por trabajadores autónomos, cooperativistas, profesionales libres, intelectuales humanistas, ecologistas y estudiantes ricos, debilita la poderosa corriente cultural que produce la hegemonía de la opinión, civil y pública, sobre el poder estatal. Todos participamos, pues, en la formación de la idea del Estado y del Gobierno, que es el nivel más profundo de la acción política. Y también el más primitivo e inconsciente.

Para percibir este dato, tan inesperado, no basta con distinguir entre la Política, una acción que se refiere a la ocupación del poder estatal, y la Administración, un medio de conservarlo con la distribución de recursos públicos más adecuada a la naturaleza del gobierno. Además, hay que entrar en la intimidad del poder gubernamental para distinguir, dentro de él, los dos elementos que indefectible y eficazmente sintetiza: el coactivo y represor, constituido por el monopolio de la violencia, común a todas las formas de gobierno; el directivo y promotor, basado en la clara hegemonía de la idea estatal en la sociedad civil, distinta en la dictadura, la oligarquía de partidos y la democracia.

Y es aquí, en la concreción de este espiritual ingrediente civil, donde todos hacemos política y actuamos en la política. Unos de forma directa y consciente, participando en los partidos y en los procesos electorales; otros, de manera indirecta y consciente, comunicando información política en los procesos de formación de la opinión pública; y todos, de modo involuntario, absolutamente inconsciente, desarrollando con el trabajo cotidiano, y el ocio organizado, los elementos de orden privado y disciplina social que constituyen la esencia misma del orden público y la idea del Gobierno en el Estado, según la distinta naturaleza de su Régimen político o, lo que es igual, según el grado de represión que la sociedad demanda al Estado.



Teniendo en cuenta esta circunstancia histórica, incontrolable, las formas más eficaces de actuar en política, si se quiere humanizar la acción del Estado y acomodar los gobiernos a la libertad de los gobernados, serían las indi-

rectas. Aquellas que no consolidan el poder estatal a través de unas prefiguraciones estatales, como partidos, sindicatos, monopolios industriales, oligopolios editoriales y otros centros disciplinarios de la mentalidad por medio de consignas, sino que lo disuelven con el cultivo intensivo de la responsabilidad social y la solidaridad horizontal, en todo tipo de Organizaciones No Gubernamentales; o lo mitigan con la influencia, en la sociedad, de opiniones independientes de la que, como si fuera opinión pública, cae en cataratas sobre ciudadanos mentalmente indefensos, desde centros mundiales y nacionales de información. La incipiente reflexión de este artículo nace, a la vez que una RAZÓN de más ambición cultural que política, con la esperanza de que sea entendida y compartida por la juventud iconoclasta de los ídolos y mitos del país oficial.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA REUNIÓN DEL PARLAMENTO KURDO

Sorprende, no tanto la falta de ética como de reflejos inteligentes, por parte del gobierno Aznar, ante la petición, realizada por el Parlamento kurdo en el exilio, de reunirse en Vitoria. Al margen de las calificaciones de terroristas e independentistas que denostativamente se les atribuyen, la realidad es que, según sus propias declaraciones, los kurdos aspiran a gozar en Turquía de una situación similar a aquella que hoy día se da en Euskadi dentro de España. Tales declaraciones suenan casi como un homenaje admirativo. Se brindaba, así, una ocasión excelente al actual gobierno central, para presentar como un modelo ejemplar la actual organización autonómica española. No es que a mí personalmente me parezca perfecta, pero, dentro de la lógica del actual ejecutivo, ofrecía la imprevista oportunidad de demostrar no sólo que «España va bien», cual el Partido Popular pretende, sino que, además, puede exhibirse internacionalmente una política superadora de problemas, que dramáticamente atenazan a otros países. En lugar de ello el Gobierno de Aznar ha adoptado una actitud de crispada oposición y de presión,



tratando de impedir que se lleve a efecto la petición kurda y su Parlamento pueda reunirse en Vitoria. Con lo cual se manifiesta dicho gobierno con un rostro represor y abre paso a una identificación de la situación kur-

da con la de Euskadi, cuando existen tan radicales diferencias.

Efectivamente, es un hecho que la represión ejercida sobre los kurdos en Turquía ha adquirido caracteres feroces. Cuando se habla del terrorismo del Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK), -acciones contra las cuales Ocalan últimamente se había declarado- no es posible olvidar que el escenario en que tales acciones se han desenvuelto es el de una guerra de exterminio, conducida por el ejército turco, invadiendo, incluso, fronteras del país vecino, Irak. Donde como comentaba en otro artículo sobre la mentira de la democracia internacional a los kurdos se les otorga el papel de buenos en esta desgarradora e hipócrita historia, siendo su territorio protegido por la aviación de los EEUU.

Como también, a través de la OTAN, está dispuesta a intervenir en Kosovo, bombardeando a los serbios. Y es que cuando se trata de los derechos de un pueblo aquello que cuenta no es la recta justicia, sino que el represor encaje en las categorías de Karl Schmidt de «amigo» o «enemigo».

Pero, si los datos que conocemos hubieran llegado insuficientemente a la opinión pública, recientemente se ha servido a ésta un horrible espectáculo, significativo de todo un modo de actuar, con el apresamiento de Ocalan y las imágenes que la TV nos ha ofrecido sobre su conducción inhumana, drogado, cegado, reducido, según las apariencias, a una res que va a ser inmolada en el matadero de la represión. En un juicio en que no se va a permitir la presencia de observadores y medios de comunicación extranjeros, cuando sólo la presión internacional puede salvar su vida.

Son estos, momentos en que la comunidad internacional debería tomar conciencia del problema kurdo y exigir un justo tratamiento del mismo. Me he referido a la torpeza de nuestro gobierno. Mas, evidentemente, no es tanto problema de inhabilidad -que ciertamente existe- como de debilidad. De falta de altura moral, para enfrentar en nombre de la democracia y los derechos humanos un doble sistema de intereses. En primer lugar, los de la Administración estadounidense, del Pentágono, que encontró siempre en Turquía un fiel aliado para su política de dominación y, en segundo lugar, los relacionados con la importancia de las ventas que nuestra industria de armamentos realiza a Turquía y los sabrosos beneficios obtenidos. La vara de la justicia se quiebra, una vez más, pero no en nombre de la misericordia, sino del mezquino interés.

Carlos PARÍS

CUESTIÓN DE LISTAS

La batalla por Madrid pasa ahora por la ofensiva de las listas electorales. Ya están definidos los candidatos: el PSOE ha optado por Fernando Morán; Izquierda Unida tiene ya a una mujer, Inés Sabanés, como primer nombre; y el PP repite suerte con el alcalde, José María Álvarez del Manzano. Ya sólo falta conocer a los siguientes en la lista, pero las cosas están todavía muy verdes.

En el lado de los socialistas, según el espía paraguayo, se ha producido ya algún intento de «colocar» a viejos amigos en los primeros puestos. Pero a Juan Bravo le han dicho que algunos de estos amigos eran tan, pero tan viejos, que ni siquiera estaban ya afiliados al partido. Incluso se dice que alguno de los carnes tenía to-

davía las siglas del desaparecido Partido Socialista Popular.

Nada ha podido saber J.B. acerca de cómo van las cosas en IU, pero sí se sabe que en el PP, en el recién estrenado centro político, las cosas van despacio. Es más, como se esperan sorpresas en la lista de la rosa sin el puño, los dirigentes populares no quieren formar su propia candidatura sin antes tener cumplida información de los nombres que figuran en la de la acera de enfrente. Y es que a Juan Barranco y los suyos ya les tenían tomada la medida y, si vienen nuevos nombres sin historia, la cosa será siempre más difícil.

Juan BRAVO

